

V

La plaza estaba circundada por ceibos que, al verse superados en altura por los edificios aledaños, formaban un techo de ramas y hojas secas sobre la misma, en la que no abundaban los espacios verdes, salvo por algunos maceteros con arbustos bajos, sino que predominaban las baldosas. Las construcciones que rodeaban aquel sitio rectangular al aire libre tenían unos 50 años de antigüedad, entre cinco y seis pisos, y un estilo militar, especialmente aeronáutico. La sala en la que ensayaba *La Portezuela* funcionaba en el sótano de un viejo bar ubicado frente a la plaza y al que se accedía por una puerta delantera angosta que, en caso de incendio, habría sido una trampa mortal para los que estuviesen adentro del local, sobre todo, en el subsuelo. De hecho, para bajar al sótano había que correr varias mesas y sillas, y así alcanzar la pequeña puerta en una pared lateral que se atravesaba agachándose hasta pisar el primer peldaño de la escalera tipo caracol.

Desde el interior de la sala, cuando se producía un intervalo entre canción y canción, se podía escuchar que alguien se disponía a entrar al reducido y oscuro ambiente por el ruido de las pisadas en la escalera. Por eso, cuando Walter percibió un seco y metálico “tac-tac” supo que Carlos acababa de llegar, pero esta vez no estaba solo. “Ahí llegaron”, les dijo el joven a sus compañeros Sergio y Francisco, quiénes estaban inmersos en una discusión sobre los arreglos del puente y el corte del estribillo. “¡Ey! Ahí llegaron”, repitió Walter a los gritos. Y segundos después de que el bajista y el baterista dejaron de hablar entre ellos, el productor entró a la sala acompañado por Daniel, quien traía una funda de guitarra colgada del hombro.

-Buenas tardes. Veo que arrancaron puntual -dijo Carlos, quien se sacó la campera de jean y apoyó su carpeta de cartón marrón, en la que habitualmente llevaba

sus papeles, sobre uno de los parlantes que se levantaban del piso, el cual estaba cubierto por una alfombra gastada y bastante quemada, a pesar de que existía la prohibición de fumar allí adentro-. ¿Qué pasó? ¿No salieron anoche?

-Sí, pero una cosa no quita la otra -respondió Sergio palmeando la espalda del *manager* que sabía muy bien que la noche de los viernes era elegida por la banda para concurrir a *Pantro*, un boliche ubicado en la Capital, a metros de la *avenida General Paz*. En dicho local nocturno, un amigo de los músicos trabajaba en la barra y prácticamente les regalaba los tragos. Y si bien se situaba en territorio porteño, cuando estaban en el interior de aquel boliche, los chicos se sentían como en su casa. Es que se llenaba de gente conocida de la zona y la fiesta duraba hasta la mañana del otro día. Por eso, el grupo ensayaba al atardecer.

-Me gusta esa actitud -continuó Carlos y luego saludó con sendos apretones de mano a Francisco y a Walter-. Bueno, empecemos.

-Dale -intervino Walter, quien ya había dejado su guitarra en el “pie” que ofrecía de soporte, junto al teclado.

-Chicos, les presento a *Daniel Gustosi*. Y tal como ya lo hemos acordado entre todos, él va a ser el nuevo guitarrista.

En ese momento, Daniel apoyó la funda delicadamente contra la pared para evitar golpear su instrumento y saludó uno por uno a los integrantes de la banda del mismo modo que lo acababa de hacer Carlos. “Un gusto, un placer”, repitió tres veces el guitarrista.

Daniel había escuchado detenidamente un demo con varias de las canciones que le acercó el *manager* cuando éste le avisó que ya estaba todo arreglado para que ensayaran todos juntos. La idea de Carlos era que, a partir del ingreso de Daniel, Walter fuera sólo el cantante y que, ocasionalmente, tocara el teclado.

Así que en esa tarde de sábado, el grupo repasó la lista encabezada por “*Hagan juego*”, “*En soledad*” y “*Estrella fugaz*”. Y como estos temas fueron saliendo bien uno tras otro, Walter propuso seguir con la composición de su nueva obra titulada “*Giralunas*”, con la que estaba muy entusiasmado a pesar de que Sergio y Francisco apenas habían escuchado la versión original y ni siquiera tocado una vez. Pero Carlos sugirió que era mejor perfeccionar la lista ya que el plan apuntaba a salir a tocar en vivo ese mismo mes.

“Muy bien, chicos, muy bien”, felicitó Carlos a la banda cuando concluyó el ensayo. Mientras guardaban los instrumentos, Francisco le dijo al resto de los músicos que tenía que regresar rápido para llevarle la camioneta a su padre, por lo que si querían que él los llevara debían apurarse. “Yo me quedo. Vayan tranquilos”, señaló Walter, quien ya estaba listo y parado junto a la puerta, al lado de Carlos.

-¿No venís? -preguntó Sergio.

-No, no. Arreglé para verme con Vane, que viene para acá.

-¿Qué pasó? ¿Te arreglaste?

-Nunca me peleé.

-¿Ah, no?

-Y no. Nunca me peleé porque nunca fuimos pareja.

-Bueno, pero se siguen viendo, entonces.

-Más o menos. Me llama seguido y bueno, una cosa lleva a la otra, y la invité a conocer mi departamento.

-Está muy bien. Pasala lindo.

-Vamos a ver qué pasa.

Aprovechando que los jóvenes charlaban entre ellos, Carlos ya se había trasladado solo hasta la puerta de entrada al bar. Luego, fue Walter el primero en iniciar el ascenso por la escalera, seguido por Sergio, Francisco y, por último, Daniel.

-Perdón, Francis. ¿Te jode si me voy con ustedes? Yo vivo para aquel lado -
indicó el guitarrista apenas llegaron a la superficie.

-¿Cómo me va a molestar? ¡Vamos!

Los cuatro músicos y el *manager* dejaron el bar atrás, cruzaron la calle y pisaron la plaza. Todos estaban muy contentos, excepto uno de ellos, que mantenía ciertas dudas respecto al nuevo rumbo que estaba tomando la banda, aunque más bien se trataba de las inseguridades típicas que cualquiera puede sentir a la hora de afrontar una serie de cambios que atentan contra la comodidad y la seguridad de lo ya conocido.

Carlos esperó a que Sergio, Francisco y Daniel se fueran por su lado, hacia el Este, y luego preguntó a Walter si tenía un minuto antes de encontrarse con su chica. Como en la sala subterránea abrían la barra sólo por las noches de los fines de semana, el *manager* invitó al joven a tomar una cerveza a un bar ubicado frente al extremo norte de la plaza. Volvieron a cruzar la calle, se sentaron en unas sillas de lona y bajo una sombrilla del mismo material incrustada en una base de cemento y que atravesaba la mesa redonda de fibra de vidrio blanca.

-¿Todo bien, Walter?

-Sí. ¿Por?

-Porque tenés cara de circunstancia...

-No, para nada. Sólo me quedé pensando.

-Esto ya lo habíamos hablado entre todos y estuvimos de acuerdo. Ahora no es momento para tener vacilaciones.

Walter miró a Carlos y supo que éste, a pesar de que había trabajado con él sólo un poco más de un año, entendía su reacción. El joven titubeó en silencio unos momentos y mientras bebía un sorbo de su cerveza apuntó sus ojos hacia la plaza, que comenzaba a quedar bajo un manto de luz anaranjado.

-Escuchame Walter: vos sos el líder de la banda. Así lo vemos todos. Entonces dejame decirte esto...

-¿Qué? A ver...

-Un líder no tiene que ser el mejor del grupo. Y tampoco es el que debe tomar las decisiones más difíciles e importantes. Un líder positivo es el que más se sacrifica, el que pone como prioridad el bien del conjunto antes que el individual, ¿entendés?

-Sí, te entiendo.

-El verdadero líder es el reflejo de lo que los demás quieren llegar a ser.

-O sea, tengo que ser una especie de ejemplo para los demás.

-Algo así. Un buen líder no es sólo talento. Es el primero en llegar a un ensayo, el último en irse, el que siempre se esfuerza por cumplir con los compromisos de la banda...

-Pero yo me rompo el culo por esta banda, a veces, más que cualquiera –Walter se defendió, molesto.

-Ya lo sé. No estoy hablando de vos en particular, sino en general. Y si te digo todo esto es porque conozco tu potencial y porque he visto durante mi carrera demasiado talento desperdiciado por falta de esfuerzo, de trabajo, de compromiso.

-Lo sé.

-Bueno, si lo sabés, entonces cambiá esa cara. Porque los chicos no son boludos y se van a dar cuenta de que algo no está funcionando bien. Sobre todo Daniel, que es el

nuevo. Además, es un pibe que jamás podría poner en riesgo tu liderazgo. Por eso, quedate tranquilo porque no tiene ese perfil.

Carlos y Walter se quedaron pensativos hasta que el primero de ellos vio que se acercaba una joven de pelo largo, morocho y con flequillo, vestida con una pollera de jean, una remera negra con un estampado que rezaba “CJS” y zapatillas de lona. El *rockero* alzó su mano en el aire para que ella lo viera, tras lo cual, Carlos terminó su *chopp* de un sorbo largo y se paró para irse. “Lo que te dije no sólo se aplica a la banda”, le dijo a Walter en voz baja y guiándolo con la mirada hacia la chica. Luego se despidió con una sonrisa cómplice y se perdió entre los niños que jugaban en la plaza y los no tan pequeños que invadían las calles y veredas con sus bicicletas y patinetas.

El departamento de Walter estaba ubicado en un tercer piso, uno más abajo que el de Francisco y Valeria. Aunque a diferencia del de la pareja, el del joven patagónico era un dos ambientes más pequeño. Apenas se cruzaba el umbral, a la derecha estaba la cocina con un mueble bajo mesada y una alacena de altura amurada, con una ventana cuadrada que daba a la calle. El ambiente era en forma de “L” ya que luego de toparse con la heladera, unos pocos pasos a diestra, había un minúsculo lavadero donde funcionaba el lavarropas y estaba el calefón. El músico también guardaba allí los artículos de limpieza y la tabla de planchar, aunque esta última la utilizaba en raras excepciones, cuando necesitaba vestir alguna camisa prolija para una reunión con clientes importantes ya que en el resto de las situaciones habituales de su trabajo llevaba ropa informal, la cual se planchaba sola en la lavandería.

Y si tras cruzar el umbral en vez de girar hacia la derecha uno seguía en línea recta, pasaba de largo la entrada a la cocina y llegaba al living comedor, muy luminoso porque tenía una puerta ventana que antecedió un balcón francés, del que se podía ver la

avenida. Este ambiente era el lugar preferido de Walter, quien allí había colocado su equipo de audio y su computadora en un modular de madera laqueada en color *wengué* que contrastaba armoniosamente con el blanco de las paredes, todo comprado gracias a los ahorros surgidos del cobro del alquiler de la cabaña del sur.

El inquilino estaba “colgado” del cable, lo que implicaba que le cortaran el servicio al menos una vez al mes y, además, como tenía poco tiempo libre, había colocado el televisor, casi de adorno, en su dormitorio, donde apenas entraba su cama de una plaza y media, y una cómoda donde guardaba la ropa.

En esa habitación, la luminosidad era también una característica destacable, aunque las persianas permanecían casi siempre bajas ya que el joven sólo estaba allí para dormir largas horas o tener relaciones sexuales.

-¿Te molesta si abro un poco, así aprovechamos que el día está soleado? - preguntó la muchacha de la remera negra a un Walter que yacía desnudo, boca abajo, babeándose sobre la almohada.

-No, Vane, abrí, abrí.

Vanesa estaba sentada en los pies de la cama y cuando terminó de colocarse la bombacha y una camiseta de él caminó hasta la ventana y dejó entrar la luz del mediodía. Luego, se dirigió con paso cansino hasta el living comedor y advirtió que habían dejado todo el ambiente desordenado tras comer y beber hasta promediar la madrugada. Tirados por el suelo de parqué alcanzó a ver los platos sucios con una mezcla de restos de comida y servilletas de papel, las botellas vacías y copas con algunas gotas de tinto, el cenicero lleno y varias cajitas de discos compactos abiertas y vacías.

La muchacha no quiso seguir mirando aquel lío, por lo que siguió hasta la cocina, aunque allí el panorama no era mucho más alentador ya que Walter le había

preparado unos raviolos con salsa boloñesa y la escena había quedado copada por recipientes manchados de rojo y pedacitos de carne picada. Vanesa encontró un vaso decente, lo enjuagó y se sirvió un poco de agua para sacarse de la boca esa saliva con sabor al joven. Después regresó al dormitorio, donde vio que Walter se había levantado y estaba vistiéndose.

-¿Ya te cambiás?

-Sí. Quiero ordenar un poco antes de irme a ensayar.

-¿Pero no ensayan a la tardecita?

-No, más temprano. Pero igual tenemos una reunión previa con el *manager* para definir los últimos detalles para el show del fin de semana que viene. Así que no tengo mucho tiempo.

-Bueno, esperá que me cambio y te ayudo. Dejamos un quilombo bárbaro anoche.

-No te hagas problema. Vos andá si querés. Yo me ocupo. En serio.

-Pero te doy una mano. Total, no tengo ningún apuro.

-Ya sé que no te jode, pero no te molestes. Posta.

Walter terminó de atarse las zapatillas, pasó por delante de Vanesa, quien estaba sentada nuevamente en la cama, pero esta vez del lado de la cabecera que daba a la puerta, la besó en la frente y se dirigió al baño. La chica se quedó callada por unos instantes y después comenzó a vestirse.

-Hoy a la noche hay una fiesta que organizan los chicos del último año del Conservatorio, en una casa vieja en Capital. ¿Querés venir? –la joven seguía colocándose su ropa mientras él terminaba de lavarse la cara y cepillarse los dientes.

-No creo que pueda –respondió él entre gárgaras-. Ya quedé con los chicos que después del ensayo nos juntábamos a comer unas pizzas.

-Ah, ok. La próxima será.

Walter advirtió cierto fastidio en la habitual voz dulce y suave de la chica y al abrir la puerta del baño se encontró con que ella estaba parada en el distribuidor, de frente a él y peinando su flequillo.

-¿Te puedo hacer una pregunta sin que te sientas presionado ni nada? –inquirió ella-. Sólo por curiosidad.

-Sí, seguro.

-¿Por qué cada vez que hay algo por Capital no te prendés?

-Por nada en especial. En estos momentos prefiero quedarme por acá, en el barrio. Me gusta más.

-Ajá.

-Como que ya me cansé de la Capital, ¿entendés?

-Totalmente –la muchacha, ahora apoyada de espaldas contra una de las puertas del placar del distribuidor, dejó de peinarse y miró a su chico fijamente-. ¿Por qué no me decís la verdad, Walter?

El joven sonrió, caminó dos pasos hasta apoyar su cintura en la de ella y la rodeó con ambos brazos.

-La verdad es que si voy para Capital, a los lugares que vos frecuentás, probablemente me cruce con Marina y no tengo ganas. Ya sé que no es amiga tuya ni forma parte de tu grupo pero por las dudas.

-¿Por las dudas de qué?

-No quiero que piensen cualquiera. Si por ahora está yéndonos bien, no nos apuremos, ¿sí? Sigamos siendo vos y yo y nadie más.

-Está bien. Igual no creo que mostrarnos juntos quiera decir que somos novios.

-Lo sé. Y no es eso.

-Además, cuando los conocí en el Conservatorio ustedes dos ya se habían peleado.

-Ya sé que nadie puede sospechar de que la cagué con vos.

-¿Entonces? La que se tiene que preocupar soy yo. Porque tranquilamente podrían tildarme como la que se quedó con el ex de una compañera.

-Ni en pedo.

-¿Por qué no? Si soy la nueva, ¿de qué lado van a estar? ¿Del mío o del de ella?

-No te persigas.

-No lo hago. Sólo digo que no tenemos que preocuparnos por nada –Vanessa relajó sus labios y seguidamente los posó en la boca de él.

-¿Terminaste de usar el baño? –preguntó ella tras el beso.

-Sí, sí –Walter se hizo a un lado-. Pasá.

Luego, el anfitrión dio por terminada la decisión y se dedicó a limpiar para no estropear lo que había comenzado con una buena velada, en tanto que ella se quedó mirando su rostro cansado en el reflejo del pequeño espejo circular colgado arriba del lavamanos y pensando en por qué muchas veces se le daba más importancia a las opiniones ajenas que a las propias. Quizás se debía al medio a ser juzgado y criticado, una conducta cada vez más frecuente en tantos otros jóvenes de su generación.

Walter abrió sus ojos y vio que se encontraba a bordo de la camioneta en cuyo interior reinaban las tinieblas, al igual que en el túnel que los envolvía. Todavía aturdido por el extraño haz de luz que acababa de atravesarlo fugazmente acompañado de un zumbido agudo y que había afectado tanto su visión como su capacidad auditiva, el joven quiso sacarse el cinturón de seguridad y bajar del vehículo. Pero antes de poder

abrir la puerta del lado del acompañante sintió que le tomaban su mano derecha desde atrás, impidiéndole moverla.

-¡¿Qué hacés?! -le preguntó Sergio-. ¡Quedate acá adentro!

Walter giró su cabeza sobre su hombro y luego, en una brusca maniobra, liberó su mano, recogiendo hacia su pecho.

-¿Qué te pasa Walter? ¿Estás bien? -continuó el bajista mirándolo fijo.

-¿Quién sos? ¡¿Cómo sabés mi nombre?!

-Dejate de joder, Walter. Quedate sentado que estoy tratando de arrancar la camioneta que parece haberse muerto -intervino Francisco-. ¡Dale hija de puta! ¡Arrancá!

Walter se quedó mirando como el conductor giraba insistentemente la llave y pisaba el pedal del acelerador sin que el vehículo diera algún signo de vida. “¡¿Dónde carajo estamos?! ¡Quiero bajar! ¡Dejenme bajar ahora!”, exclamó el primero pero Sergio volvió rodearlo con los brazos y a pedirle que se calmara.

-Si no se tranquilizan un poco no vamos a poder salir de acá. Así que cállense un minuto así puedo arrancar la chata.

-Apurate Francis porque algo malo le está pasando a este pibe –señaló Sergio, quien luchaba cuerpo a cuerpo con un Walter que no paraba de gritar, pidiendo que lo soltaran- ¡Pará! ¡Pará! –exigió el bajista tratando de evitar que su amigo descontrolado saltara al vacío lúgubre exterior, donde apenas se podía divisar que el resto de los vehículos que habían estado atravesando el mismo túnel estaban igual de inmóviles.

-¡Agarralo fuerte! -indicó Francisco en el preciso instante en que se encendieron las luces adentro del túnel y el batallador motor de la camioneta arrancó a toda potencia -¡Tenelo que ya nos vamos!

Sergio abrazó tan fuerte a Walter y logró inmovilizarlo a pesar de que aquel, más asustado que confundido, se resistió como pudo para no ser reducido aunque no pudo zafar. Algún distraído ajeno a aquella situación bien podría haber pensado que se trataba de un delincuente secuestrando a su víctima, pero claro que en este caso no había armas ni fines extorsivos de por medio.

Por su parte, Francisco pudo guiar la camioneta en un tránsito que comenzó a avanzar hacia la salida del túnel pero al llegar a la avenida el tránsito volvió a atascarse, a lo que se sumó una gran cantidad de transeúntes curiosos que se habían volcado a la calle, no sólo para ver qué ocurría en el túnel sino también para tratar de ayudar a los conductores desesperados.

“No me hagan nada, por favor”, pidió Walter reiteradamente a sus acompañantes, mientras la camioneta se dirigía hacia la sala de ensayos donde hacía un largo rato que los esperaban Carlos y Daniel, quiénes ya no sabían cómo entretener al dueño del estudio para desviar su atención de que los otros tres músicos estaban más que demorados. “Quedate tranquilo, Walter, que ya llegamos”, indicó Sergio tratando de controlar la situación.

Al cabo de unos minutos, la camioneta se subió bruscamente a la entrada de vehículos del frente del estudio. Era un largo camino de piedra, rodeado de un césped bien cortado que iba desde el cordón de la calle hasta una vereda que daba al umbral del garaje donde estaba estacionada la camioneta de Enrique.

Francisco acomodó su vieja *Volkswagen* detrás de la 4x4 y tocó varias veces la bocina para anunciar que acababan de llegar, ante lo cual, Carlos y Daniel salieron rápido a la calle para recibirlos.

Apenas se apagó el motor de la camioneta, Sergio soltó a Walter, quien abrió la puerta y se arrojó del vehículo, y cuando quiso salir corriendo se topó con el *manager* y

el guitarrista que le cortaron el paso. “¡Eh! ¿Qué hacés? ¿A dónde vas?”, le preguntó Carlos. “¡¿Quiénes son ustedes?! ¿Qué estoy haciendo acá?”, exclamó Walter al ver a aquellos dos hombres, a los que apartó de un empujón.

-Nuestro amigo está un poco desorientado pero no pasa nada -intervino Sergio, quien volvió a abrazar a Walter, que parecía un trompo, girando sobre su propio eje, mirando todo a su alrededor en busca de respuestas.

-¡No soy tu amigo! ¡No te conozco! -gritó señalando a su acompañante con el dedo índice-. Sáquenme de acá. ¡No tengo por qué estar acá!

Al escuchar el griterío, Enrique salió a la vereda para ver a qué se debía tanto alboroto y se encontró con Carlos y Daniel parados juntos a Sergio y Francisco, rodeando a Walter, quien ahora estaba menos violento y sentado en el borde de la caja de la camioneta ya que la puerta lateral había quedado abierta.

-¿Qué pasa, Carlos? -Enrique extendió ambos brazos a la altura de sus hombros-. ¿Estos son los chicos que faltaban?

-Sí Enrique, estamos solucionando un pequeño problema. Ya vamos. Quédete tranquilo.

-Bueno chicos, apúrense así empezamos -indicó el dueño del estudio, tras lo cual regresó a su oficina.

Carlos tomó a Sergio de la base del cello y lo hizo caminar unos pasos para alejarse del resto de la banda.

-¿Qué carajo está pasando Ser?

-Te juro que no lo sé. Estaba perfectamente bien cuando salimos pero después hubo un incidente en el túnel y se puso como loco.

-¿De qué incidente hablás? ¿Qué túnel? Ustedes están todos en pedo, o puestos. ¿Qué carajo tomaron?

-No Carlos, ni locos. Es en serio lo que te digo. Algo raro pasó en el viaje y Walter quedó afectado. ¿No se enteraron de lo que pasó en el túnel?

-No sé de qué estás hablando –Carlos levantó el entrecejo y meneó la cabeza-
¿Te referís al túnel nuevo del paso bajo a nivel?

-Sí, ése.

-No me enteré de nada porque mientras ustedes estaban haciendo vaya uno a saber qué, yo trataba de distraer al dueño del estudio para que no nos acribillara a todos por haber llegado tarde.

En ese momento, Francisco se les acercó y les dijo que lo mejor iba a ser llamar a un médico porque Walter no paraba de quejarse de que le dolía la cabeza y estaba mareado, además de que le había comenzado a sangrar la nariz. Entonces, el baterista y Sergio tomaron a Walter uno de cada brazo y lo ayudaron a ponerse de pie ya que las fuerzas lo abandonaban. Al joven patagónico le costaba mantenerse erguido, por lo que quienes lo acompañaban lo cargaron hasta el interior del estudio y lo sentaron en uno de los sillones de la recepción. “Quédense acá que voy a buscar a Enrique”, indicó el *manager* a los músicos.

Instantes después, Carlos y Enrique aparecieron en el lugar, donde Walter ahora estaba sentado, un poco más lúcido y tranquilo.

-¿Vos sos Walter? -preguntó Enrique.

-Sí. ¿Y usted quién es?

-Yo soy Enrique Balestra, dueño de este estudio. Ahora vamos llamar a un doctor para que venga y te revise, ¿sí?

-Pero esto es un error. Yo no debería estar en este lugar. No los conozco, ¡no los conozco! -exclamó el líder de la banda dirigiéndose a los demás, quienes se miraban

unos a otros, desconcertados y sin poder retrucar ya que apenas terminó de hablar Walter se desmayó sobre el sofá, con su cuerpo recostado sobre los almohadones.

Enrique frunció el ceño con severidad dado que no entendía nada. Salvo a Carlos, a los otros los acababa de conocer, aunque en medio de tanta turbulencia, el dueño del estudio parecía el mejor piloto y se mostraba relativamente tranquilo.

“Quédense todos acá”, ordenó Enrique, quien sacó su *iPhone* de uno de los bolsillos internos de su saco y marcó el número de emergencias 911. Pero no había señal. Lo mismo les había sucedido minutos antes a Carlos y Daniel cuando habían querido comunicarse con los chicos que viajaban en la camioneta. Por eso, después de insistir varias veces y no obtener respuesta, el empresario tomó el inalámbrico de su escritorio y así pudo comunicarse para pedir ayuda urgente.

VI

Fabricio Quesada estacionó su *Chevrolet Corsa* modelo '98 cubierto de tierra en la puerta de su casa en vez de guardarlo en el garaje ya que probablemente iba a volver a salir en breve. En el frente de la vivienda había una vereda de cemento con canto rodado y un tapial bajo que tenía un macetero más seco que florido y que se extendía a lo largo de la pared. En el centro del tapial había una puerta de rejas para el paso peatonal y junto a la medianera funcionaba un portón de dos hojas del mismo material y color para la entrada del auto que, a su vez, tenía un techo de chapa acanalada, sostenido por columnas y vigas de madera.

La casa era del tipo americana, de una sola planta, un pequeño jardín delantero y un patio en el fondo, con otro tinglado que funcionaba como lavadero. Los ambientes del inmueble eran dos dormitorios, la cocina, el living comedor y el baño. No estaba en muy buen estado porque era una construcción vieja, que había pertenecido al difunto abuelo de Fabricio, un electro mecánico que en sus últimos años de vida había montado un taller casero donde ahora funcionaba el garaje. Todo el barrio había conocido y respetado al viejo ingeniero, *Don Agustín Quesada*, y ahora los vecinos hacían lo mismo con su nieto menor, quien en esa noche de sábado llegaba agotado luego de una larga jornada de trabajo.

Cuando bajó del auto se sorprendió al ver mucho movimiento en el teatro lindero a su vivienda ya que, habitualmente, los eventos de ese lugar tenían un público reducido, más afín a las actividades artísticas de bajo perfil y para compartir en familia. Entonces, Fabricio se quedó unos instantes mirando a la gran cantidad de jóvenes que entraban y salían apurados del teatro, cargando bultos de distintos tamaños, hasta que

sus pensamientos repararon en su esposa *Analía* y su pequeño hijo Lucas, y lo llevaron a entrar rápido a su casa.

-Ya era hora -arrancó la mujer apenas su marido cruzó el umbral y dejó caer su cabás de cuero marrón en uno de los sillones del living, donde ella y su hijo estaban sentados delante del televisor, en el que se veía un programa de dibujos animados.

-Perdón. Es que hubo una urgencia de último momento –Fabricio quiso besar los labios de su mujer pero ésta ni siquiera movió la cabeza, por lo que el hombre tuvo que posar su boca en la frente de ella. Luego, él abrazó a Lucas, quien al verlo llegar había empezado a saltar sobre los almohadones.

-Fabri, no puede ser que trabajes un sábado entero y yo tenga que quedarme sola todo el santo día, cuidando no sólo de nuestro hijo sino también de la casa. Por si no lo sabías, con Luqui encima se me hace muy difícil poder limpiar, ordenar, hacer las compras, planchar, etc.

Fabricio era un hombre alto y flaco, de cabello corto, salvo por un jopo volcado sobre su sien izquierda y de tez blanca, pero a pesar de ese aspecto encumbrado, tenía los pies bien plantados en el suelo, por lo que podía entender sin problemas los motivos de la postura adoptada por su esposa. Una vez que captó el mensaje de Analía, el hombre entendió que debía hacer algo inmediatamente para enfriar el enojo de ella, el cual era inversamente proporcional a la paciencia que le quedaba.

“Luqui, pará de saltar sobre el sillón que se va a romper. Y anda a tu habitación que tengo que hablar a solas con mamá, por favor. Quedate un rato ahí que después vamos a pasear, ¿sí?”, dijo Fabricio a su hijo, quien lo obedeció sin chistar. Y una vez que el niño fue hasta su dormitorio y cerró la puerta, el matrimonio se quedó sentado en el sillón, charlando.

-Tenés razón Ani, ¿pero qué querés que haga? Este laburo es así. Y si bien no me pagan mucho por las horas extras, es plata que nos sirve hasta que vos vuelvas a conseguir trabajo.

-Ya lo sé Fabri, pero hay otras cosas más importantes que la plata. Te la pasás horas y horas asistiendo a personas desconocidas y ¿tu familia qué? ¿O vos pensás que nosotros no te necesitamos?

-Todo lo que hago es por el bien de mi familia –sostuvo Fabricio con firmeza y después apagó el televisor desde el control remoto apoyado sobre uno de los brazos del sillón para asegurarse de que su mujer le prestara la debida atención.

-¿Te das cuenta de lo contradictorio que es tu comportamiento, Fabri? Decís que todo lo hacés por tu familia pero, en realidad, no estás nunca en tu casa ¿Cómo nos puede hacer bien eso? –Analía siguió mirando hacia el frente, como si la pantalla siguiese encendida.

-...

Aprovechando el silencio de su esposo, Analía también hizo una pausa, se puso de pie y caminó hasta la cocina que estaba separada del living por una arcada, por lo que daba la impresión de que los dos ambientes formaban uno solo, muy grande. Con sus manos nerviosas, la mujer ordenó la pava y el mate sobre la mesada y luego se volvió a sentar, pero esta vez junto a la mesa redonda ubicada a un lado de la heladera y en la que la familia comía diariamente ya que la otra mesa de la casa, más larga y rectangular y que ocupaba gran parte del living, era sólo para ocasiones especiales, como los cumpleaños, las fiestas y la visita de los suegros.

Fabricio se acomodó en la silla de al lado a su señora y trató de tranquilizarla. La tomó de la mano y le habló con su habitual calma.

-En serio, Ani, decime que querés que haga y voy a tratar de hacerlo. Porque no quiero que pienses que a mí me gusta estar todo el día fuera de casa, sin verte a vos y a Luqui.

-No sé Fabri, pero podrías buscarte otro trabajo, que sea un poco más tranquilo, menos demandante.

-Pero Ani, vos mejor que nadie deberías saber lo difícil que es hoy en día conseguir un trabajo nuevo. Lo que voy a tratar de hacer es laburar menos horas. Y mientras tanto, veo si surge otra cosa, ¿te parece?

-Está bien.

-Bueno, ahora, ¿podemos relajarnos por un rato que es sábado a la noche e irnos a pasear con Luqui?

La mujer estuvo de acuerdo, besó a su marido en los labios y le dijo que se iba a cambiar y a preparar al nene. “Yo ya estoy listo, así que los espero en el auto”, indicó Fabricio mientras su esposa se introducía en el dormitorio. El hombre bien podría haber aguardado en la comodidad de su living, distrayéndose con la caja boba, pero si lo hacía en el coche ejercía más presión para que Analía no se demorara demasiado en arreglarse. Así que tomó la campera de jean colgada del perchero ubicado detrás de la puerta principal y salió a la vereda.

Afuera, la noche se sentía muy agradable. Todavía hacía calor, el cielo estaba estrellado, la luna se mostraba clara y soplaba una suave brisa que apenas agitaba los paraísos rejuvenecidos de la cuadra, totalmente atestada de vehículos, algunos estacionados incluso sobre las veredas. Al salir de la casa, Fabricio vio que una vieja camioneta Volkswagen estaba estacionada justo detrás de su auto, por lo que no iba a poder moverlo. Entonces supuso que el dueño de la chata estaba en el teatro de al lado, así que fue hasta la entrada del mismo a preguntar por esa persona. Allí se encontró con

el encargado de la boletería, en la que se podía ver un amplio afiche de colores que rezaba: “La Portezuela presenta oficialmente su primer disco de estudio. El show incluye una breve ceremonia, buffet, exhibición del nuevo *merchandising* y el cierre con un recital poderoso, con músicos invitados.”

-Llegó justo. Ya están por empezar. ¿Cuántas entradas quiere? -preguntó el vendedor, un muchacho joven, a Fabricio y le entregó un folleto dúptico en blanco y negro con un escueto repaso de la historia de la banda y sus integrantes.

-No quiero ninguna entrada, gracias -respondió el vecino, quien tomó el folleto casi sin mirarlo-. Yo vivo acá al lado, tengo una esposa y un hijo de cinco años. Así que quiero saber de quién es la camioneta que estacionaron en la entrada de mi casa y que no me permite sacar el auto.

El joven de las entradas advirtió la cara de disgusto de aquel hombre, se disculpó con él y se dirigió rápidamente hacia el interior del teatro para ver cómo podía solucionar su problema. Minutos después, Francisco apareció en la entrada y se acercó a Fabricio, quien aguardaba impaciente en la vereda, mirando hacia su casa, por si salía su mujer y su pequeño hijo.

-Discúlpeme señor, la camioneta es mía pero parece que tuvimos un inconveniente. Yo la estacioné ahí para bajar unos equipos y después correrla, pero como verá, después estacionaron autos adelante, atrás y al costado y ahora no puedo moverla.

-¿Cómo te llamás? -preguntó Fabricio, quien se esforzaba por mantener una compostura de tolerancia, su principal virtud.

-Francisco Doué, soy el baterista de la banda. Mucho gusto -el joven músico estiró su mano derecha para estrechar la del vecino, pero éste no sacó las suyas de los bolsillos de sus pantalones.

-Francisco, ¿y qué pretende que hagamos ahora? Yo tengo que salir con el auto en este preciso momento.

-Lo entiendo señor y no podría estar más apenado. Pero traté de encontrar a los dueños de los otros autos y no pude. Ni siquiera sé quiénes son. Entienda que acá adentro hay más de doscientas personas.

-Yo entiendo perfectamente. Lo que no puedo creer es cómo llegamos a una situación de este tipo. He vivido en este barrio toda mi vida y nunca antes había pasado algo así.

-Me disculpo nuevamente y por todas las molestias ocasionadas lo invito gratis, a usted y su familia, a participar del evento, hay para comer y tomar algo. Quizás no era su idea de paseo para un sábado a la noche, pero es lo menos que puedo hacer.

-¿Me está cargando?

-No, no. Tome las entradas. Le dejo tres, ¿sí? –Francisco estiró el brazo para alcanzarle los *tickets* a Fabricio, quien los tomó, resignado-. Y ahora discúlpeme, pero me tengo que ir porque ya estamos por empezar –dijo el músico y acto seguido volvió a entrar al teatro y desapareció entre la multitud presente en el hall del mismo.

Por su parte, Fabricio se quedó parado como estatua, con las entradas en la mano y deseando que se trataran de pases para el recital de *Robbie Williams*, una demanda presentada insistentemente en los últimos días por su esposa pero que él no pudo satisfacer por obvias razones económicas. Así que luego de unos segundos de parálisis, inspeccionó su billetera, sacó un par de cuentas matemáticas y se dijo: “Bueno, por lo menos me ahorro la cena. Y la noche está linda, así que después podemos ir caminando hasta la feria de la plaza.”

Sin embargo, el hombre no debía convencerse a sí mismo de que el cambio de planes no era tan dramático sino a su esposa, quien ahora estaba saliendo de la casa tomando a Luquitas de la mano.

Anaía detuvo su marcha junto al auto y al ver el obstáculo insalvable detrás del mismo buscó con la mirada a su esposo quien, parado en la entrada del teatro, sólo atinó a encogerse de hombros. Ella hizo una mueca sin poder creer lo que estaba pasando y agachó la cabeza.

La joven Williams –nada que ver con Robbie- entró al teatro mientras la banda sonaba con toda su fuerza arriba del escenario. En el hall, las mesas con platos cubiertos de restos de comida y vasos sucios habían sido corridas contra una de las paredes laterales y lo primero que se veía antes de ingresar al auditorio era el *stand* con las remeras y *stickers* de *La Portezuela* y varias pilas de discos. La joven no reconoció a ninguna de las personas que se encargaban de la venta del *merchandising* y pasó directo al auditorio que se encontraba repleto. Mentalmente seguía recordando lo que su madre y sus amigas le habían dicho cuando se enteró de que su exnovio iba a encabezar la gran presentación con su banda que, por entonces, ya era reconocida en toda la zona oeste del conurbano. “¿Para qué vas a ir?”, le habían dicho, pero ella necesitaba estar allí. Habían pasado años sin verse y quería despejar algunas de sus dudas y saber al menos una parte de la verdad. Entonces caminó por un costado para no tener que atravesar a los empujones el grueso del público que no paraba de saltar, cantar y aplaudir. Con esfuerzo llegó hasta donde terminaba el escenario, alto y ancho, aunque desde su posición lateral no tenía una buena visión ya que el telón recogido conformaba un bulto prominente. Junto a esa columna de tela, se encontraba un joven con una cámara de video portátil captando imágenes y sonidos en vivo.

Los ojos de la joven, algo irritados por la nube compuesta por el humo de los cigarrillos, los comunes y también de los otros, y el de las máquinas distribuidas en la parte posterior de las tablas, se sorprendieron al ver los movimientos de Walter que lucía su voz con un carisma que ella nunca antes había visto. Parecía el dueño del escenario, más bien, de todo el teatro, y la gente se lo hacía saber con una lluvia elogios. A cada uno de los lados del *frontman*, Sergio y Daniel agitaban sus respectivos instrumentos que daban la impresión de estar por estallar, y en el fondo, subido a una tarima, Francisco parecía un espadachín que tenía totalmente ganado su combate contra los tambores y los platos.

“Si el instinto dice lo que vale más, me despido siempre hasta cualquier momento. Me resisto a ser el filo del puñal, que amenaza tu garganta todo el tiempo. Antes que puedas preguntar, por lo que llevo dentro, antes que puedas pronunciar, la razón de mi silencio”, fueron los versos finales que cantó Walter en el último estribillo de su canción preferida, “Giralunas”, mientras el público le hacía los coros.

Al salir del estribo, la canción terminó y la gente estalló en euforia y, sin respiro, comenzó a pedir por “*Dos Espejos*”, el *hit* del momento de la banda. Los músicos ya habían preparado esa canción para el bis, por lo que al escuchar el pedido de su público la iniciaron casi como una prolongación o segunda parte del tema anterior.

“No me digas que se fue, todavía la veo, como dos espejos que, se miran de lejos. Se repite ella en mí, ella es mi reflejo, alimenta fuerzas que, abren desde adentro. No me digas que se fue... no me digas que se fue... no me digas que se fue...no me digas que se fue”, sonó la voz de cantante con las pocas fuerzas que le quedaban al cabo de aquella intensa y emotiva presentación.

En medio de la adrenalina, Marina vio a un reducido grupo de chicos, el más fervoroso, haciendo tremendo *pogo* a escasos centímetros del escenario, justo delante de

Walter, con quien intercambiaban miradas y gestos. Eran todos hombres, salvo por una morocha de flequillo y que llevaba una musculosa blanca ajustada y con un escote revelador. Desde su apartada ubicación, Marina no alcanzaba a individualizar a la chica ni tampoco a observar como a ésta el sudor le recorría la piel blanca y erizada de sus brazos y luego se estancaba a la altura de su sacro al descubierto, justo arriba de la cintura de un jean celeste y gastado.

Era la última canción del show, en el que el *manager* había sido el invitado especial para tocar el teclado, como en sus viejas épocas de músico. Al terminar el tema, el público regaló más aplausos y elogios mientras Walter, Sergio, Daniel y Francisco se abrazaban emocionados, hasta con lágrimas en los ojos. Es que los interminables ensayos, la larga lista de lugares inhóspitos y casi sin público en los que habían tocado en los últimos dos años y un poco más, finalmente habían dado los frutos que ellos tanto deseaban.

El bajista y el guitarrista arrojaron sus púas, el baterista sus palillos todos abollados y Walter se encargó de entregarle la lista de temas a la joven del flequillo que tuvo enfrente durante todo el recital.

Al bajar del escenario, los músicos y Carlos no pararon de saludar a su gente durante un largo rato. Si bien era una multitud, de alguna u otra forma, todos se conocían ya que había familiares, amigos, vecinos, compañeros de trabajo, de estudio, del club, etc. Ante esa situación, Marina permaneció a un costado, esperando el momento en que Walter se liberara y poder acercarse para saludarlo. Y cuando los demás músicos de la banda se dirigieron hacia la puerta agradeciendo más cumplidos, ella vio que Walter se quedaba hablando cariñosamente con su *fan*. Esa situación no la sorprendió, para nada, menos cuando él la besó delante de todos.

En ese preciso instante, las dudas de la joven se disiparon y Marina decidió irse del teatro lo más rápido posible y sin que Walter la viera. Mientras que en la calle, todavía quedaba una gran parte del público dispuesto a seguir la fiesta con los músicos en algún otro local nocturno.

“Pero esto es un error. Yo no debería estar en este lugar. No los conozco, ¡no los conozco!”, exclamó Walter parado a mitad de la sala, sosteniendo el micrófono. Cuando el músico vio lo que tenía en su mano, lo soltó bruscamente y dio unos pasos hacia atrás. Levantó la mirada y vio al baterista que dejaba de jugar con los palillos y se ponía de pie de frente a la pecera, con sus brazos abiertos a la altura de sus hombros. Dentro de la cabina de control, en tanto, Gustavo y el operador hablaban (más bien discutían) y al advertir la reacción de Walter, el segundo de ellos lo increpó por el retorno: “¿Error?! Claro que es un error que vos estés acá”. Pero el joven patagónico estaba desorientado, con su cabeza girando hacia ambos lados como si fuese un búho y sin poder hallar qué decir. Ante esa situación, Gustavo se le acercó para tratar de entender qué estaba haciendo y detrás del bajista entró el operador. “¡Basta! Terminó la sesión. Váyanse”, les ordenó a los músicos.

El batero ya había presagiado ese final, por lo que antes de escuchar la orden superior ya había comenzado a guardar sus platos en su funda. “Perdón Maxi”, le dijo Gustavo, a lo que el percusionista le respondió que no se hiciera problemas, que luego hablarían para volver a juntarse a tocar y se fue de la sala sin siquiera dirigirle una mirada a Walter, quien, por su parte, también guardaba sus cosas, lentamente y en silencio.

Gustavo hizo lo propio y, a la vez, ayudó a su compañero que parecía tener dificultades para organizarse. Luego, fue a pagarle al operador que, resignado, ya ni

protestó. Minutos después, abandonó el lugar junto a Walter y ambos se fueron caminando hacia la parada de colectivos.

Eran las últimas horas de la tarde y afuera ya estaba a oscuras. Las nubes y la temperatura acentuaban el gris plomo que recorría pesadamente el aire hasta chocar contra cualquiera que se atreviera a ofrecerle resistencia.

-Ahora que estamos un poco más tranquilos, ¿me podés decir que fue lo que te pasó ahí adentro, Walter?

-No sé. En serio. Tuve una especie de sueño, que pareció tan real que por momentos creí que había sido algo cierto, que me pasaba de verdad. ¿Nunca te pasó eso?

-¿Qué cosa?

-No poder distinguir entre lo que soñaste y lo que viviste.

-Calculo que a todos nos pasa alguna vez. Pero, al final, uno siempre termina por diferenciar una cosa de otra. Además, ahora estás acá. No estás en ninguna camioneta ni en ningún túnel misterioso.

Walter escuchaba a Gustavo y su confusión aumentaba.

-Pero sentía en mi mano que tenía un teléfono celular y que estaba llamando a Marina. Lo sentía, ¿entendés?

-Walter, nunca tuviste un celular y Mari tampoco. ¡Dejate de joder!

-Ya sé, nunca me llevé bien con esos aparatos nuevos. Y ella tampoco.

-Por eso. Fue sólo un sueño, o mejor dicho un delirio, porque no estabas durmiendo.

-Necesito llamarla ya, para saber qué carajo me pasa. ¿Sabés de algún locutorio que haya por acá cerca?

-Hay uno a la vuelta. Sobre la avenida.

-¿Me acompañás?

-No, Walter. Fuera de joda, andá a descansar.

-¿Y ahora qué te pasa?

Gustavo detuvo su paso, tomó a Walter de un brazo y lo obligó a dejar de caminar a su lado. Los dos jóvenes quedaron de pie, enfrentados.

-¿Qué me pasa? ¿Me estás jodiendo? Desapareciste una par de meses, de repente, me llamás, me decís que tenés temas nuevos, que querés ensayar con gente nueva, que consiga una sala, etc. Y después te ponés así. ¿Qué te pasa a vos? ¿Dónde estuviste este último tiempo?

-Estuve trabajando mucho porque necesito plata. Todavía no pude vender la cabaña, así que me tuve que buscar una pensión más barata y dejar algunas clases del Conservatorio.

-Bueno, entonces poné la cabaña en alquiler y asegurate algo de plata.

-Sí, sí. Ya decidí que la voy a alquilar. Pero ahora tengo que esperar.

-Yo entiendo que tenés quilombos, todos los tenemos. Pero lo de hoy no da, no te podés cagar en todo. Ni siquiera lo llamaste a Lucho cuando tuvo que dejar de tocar porque se rompió el brazo y lo habían operado. ¿Quién te entiende?

-En este momento ni yo entiendo lo que me está pasando, Gus.

-Está bien Walter, hacé lo que quieras pero no me hagas perder más el tiempo.

-Lo único que te pedí ahora es que me acompañes a llamar a Mari, nada más.

-Walter, no la llames, no le hagas lo mismo que a mí, no la uses.

-Vos no me estás entendiendo.

-Mirá, lo único que sé, es que si seguís así, te vas a quedar cada vez más solo -
dijo Gustavo y luego cruzó la calle rumbo a la parada de colectivos, mientras Walter

permanecía inmóvil, en la vereda, viendo como su compañero se alejaba dándole la espalda.

Evidentemente, este pibe nunca entendió nada, pensó Walter y después comenzó a caminar hacia la avenida, donde entró al locutorio para llamar a su exnovia. Al ingresar al local vio frente al mostrador del encargado una hilera de tres computadoras que le llamó la atención porque advirtió que unos jóvenes sentados delante de las mismas *tipeaban* sin parar una serie de abreviaturas y signos raros en la pantalla. El encargado le dijo que si quería usar “una máquina con *ICQ*” iba a tener que esperar, a lo que Walter le respondió que sólo quería una cabina para poder llamar por teléfono, pero no pudo seguir hablando ya que cuando se acercó al mostrador, trastabilló y cayó al suelo, inconsciente.

VII

El domicilio de la familia Tours era un dúplex de dos plantas más un altillo, cuya entrada principal y garaje cerrado daban directamente a la vereda. En otra época, el frente de la vivienda no estaba enrejado pero en los últimos años el primer cordón del conurbano se había vuelto sumamente violento y peligroso, por lo que los padres de Sergio finalmente decidieron colocar una estructura de hierro para mejorar la seguridad del lugar y la hicieron de una mediana altura para no estropear del todo la imagen de su hogar, el cual lucía en su exterior una serie de aberturas de madera opaca, paredes de ladrillos sin revocar y pintadas de blanco, y una corta y baja escalinata adornada a cada uno de sus lados por sendos rectángulos de césped. También se podía apreciar en ese reducido jardín algunas pocas plantas que aquella soleada tarde de sábado comenzaban a mostrar sus flores de colores.

La casa estaba ubicada a media cuadra del estadio del club de fútbol local, por lo que Sergio, cuando era niño, se subía al techo de tejas negras para ver los partidos desde las alturas, aunque desde aquella ceñida posición se perdía las acciones que se sucedían frente a uno de los arcos. En esos años, el chico tenía su propia habitación pegada a la de Jorge y Mónica pero al ir creciendo y necesitando de una mayor privacidad se mudó al altillo que fue íntegramente acondicionado por su padre, comerciante de profesión pero hábil en los oficios de la construcción y otras tareas hogareñas como, por ejemplo, elaborar con sus propias manos y herramientas una escalera caracol para que su hijo no tuviera que subir por una móvil y de madera de dudosa resistencia y durabilidad.

Además de los dos dormitorios, en el primer piso funcionaba un baño y por una escalera ancha se descendía a la planta baja, conformada por la cocina que daba a la calle, otro *toilette* y el living comedor que, a través de una puerta ventana, se conectaba

con un patio con piso de cerámica rojiza, una galería y la parrilla. Este patiecito era casi un cuadrado perfecto delimitado por una pared blanca con una puerta de chapa verde por la que se accedía a un jardín alargado y rodeado de ligustrinas. En uno de los rincones estaba el galpón donde Jorge guardaba sus herramientas y la máquina de cortar pasto, y Mónica lavaba la ropa. Aquel cuartucho tenía un baño pequeño con ducha y a mitad del terreno estaba la pileta de fibra de vidrio, por lo que durante el verano ese sector de la casa era el más utilizado no sólo por sus moradores, sino también por la gran cantidad de visitas que los Tours recibían habitualmente.

Pero ahora era primavera y si bien el sol calentaba cada vez con más fuerza, el agua de la pileta estaba verde. Sergio había decidido festejar su cumpleaños al mediodía para aprovechar el buen clima, a lo que su padre, a modo de regalo, decidió prepararle un asado para él y sus amigos más íntimos que se encontraban en el patio, sentados alrededor de un tablón sostenido por tres caballetes. Francisco y Valeria estaban con el pequeño Mateo, al lado de ellos se ubicaban Daniel, Carlos y *Cachito*, *hijo de Cacho*, un vecino de los Tours de toda la vida, y la inseparable novia éste. De ese mismo lado de la mesa se encontraban vacíos los lugares de los excompañeros del club de Sergio quienes ese día justo jugaban de visitante y no podían asistir al almuerzo. Y enfrente, Walter estaba sentado entre *Andrea* y *Mariana*, las “amigas con beneficios” del joven y el cumpleaños, respectivamente.

Los dos músicos las habían conocido en los recitales por zona oeste, a los que las amigas no faltaban casi nunca ya fueran de noche, tarde, en locales cerrados o al aire libre, gratuitos o con entradas pagas. Andrea se acostaba con Walter, a quien le atraía que ella era una joven delgada, alta, rubia y de ojos celestes, aunque no le gustaba tanto su nariz aguileña y dientes prominentes.

Por su parte, Mariana mostraba una imagen contrapuesta a la de su amiga ya que tenía una cabellera castaña oscura, ojos marrones y si bien era preciosa de cara, su cuerpo evidenciaba cierto exceso de grasas y flaccidez, lo que se acentuaba con su baja estatura.

Tanto Walter como Sergio sabían, y hasta lo admitían el uno ante el otro, que habían salido con chicas más lindas, pero las dos amigas tenían mucha onda y, principalmente, eran dinamita a la hora de tener sexo.

Los comensales satisfechos iban por el café y el cigarrillo, aunque algunos preferían una bebida más fría, como Sergio, quien había ido a buscar a la heladera del galpón las últimas cervezas y más gaseosa para el fernet. Al regresar, el cumpleañosero se sentó junto a Walter aprovechando que Marina y Andrea estaban en el baño.

-¿Sabés quien me llamó para mi cumpleaños? –arrancó el agasajado mientras destapaba una rubia imperial con el encendedor arrancando no sólo la chapita sino aplausos de sus amigos.

-¿Quién? -Walter sostenía en una mano un vaso con hielo y fernet, y en la otra la botella de coca para prepararse el primer trago del día ya que durante el almuerzo, que además de carne asada incluyó una picada completa con todo tipo de quesos, fiambres y embutidos, sólo había bebido un poco de vino tinto.

-Vanesa.

-Me lo imaginaba.

-¿Por?

-Porque ella siempre te apreció mucho. Además, sus problemas fueron conmigo no con vos, gil.

-¿Te jode que te cuente esto?

-Para nada, amigo. No me jode que te haya llamado para tu cumpleaños. Al contrario. Lo que me molesta es que hace poco le mandé unos mensajes y no me respondió.

-Ella me dijo que está con mucho laburo. Capaz que es por eso que no te respondió.

-Sí, que se yo.

-Bueno amigo, vos fuiste el que quiso terminar la relación con ella, ¿o no?

-Pero no había relación....

-Perdón. Me corrijo: ella quería una relación y vos no.

-¿Y qué querías que hiciera? Yo no me enganchó tan fácil con cualquier mina.

Vos me conocés.

-Ya sé. Y me imagino como te sentís porque, a veces, a mí me pasa lo mismo.

-Pero, ¡qué amigas encontramos ahora, eh! -Walter pasó su brazo derecho por los hombros de Sergio-. Es lo ideal para no tener que pensar en esas cosas, ¿cierto?

-¡A full! –el anfitrión contuvo como pudo la risotada para no llamar la atención del resto de los presentes-. Seguro que esta noche Maru me pide que la ponga boca abajo –le dijo a su amigo casi al oído.

-Y capaz que Andre me dice que le acabe en la boca.

-Qué malos que somos, che.

-No, ¿por qué? Si a ellas les encanta.

-Tenés razón. Brindo por ello –Sergio alzó el vaso.

-Mejor brindemos por tu cumpleaños –Walter imitó el movimiento de su amigo.

-Y porque no me muera.

-¿Qué? –Walter lanzó una mirada de sorpresa.

-Es que ahora llegué a la edad trágica de las estrellas de rock ¡Jajá!

-Es cierto –se relajó el joven patagónico-. Janis Joplin, Kurt Cobain, Brian Jones...

-John Bonham, Jimi Hendrix...

-Mirá, tendrás la edad de todos ellos pero no sé si te da el cuero para ser una estrella de rock ¡Jajá!

-¿Y vos de qué hablás? Si tenés los mismos años que yo.

-Sí, pero te llevo unos meses de ventaja, así que ya superé con éxito parte del plazo para saber si me muero o no.

Walter y Sergio rieron a carcajadas mientras chocaban sus vasos y hacían resonar el vidrio húmedo y frío, brindis al que se fueron sumando de a poco los demás invitados. En tanto, Jorge limpiaba la parrilla y Mónica iba por la torta para que su hijo soplara las velitas a pesar de que éste sostenía que ya estaba “bastante grandote” para someterse a aquel ritual, a lo que su madre últimamente le contestaba que también era “bastante grandote” para “seguir viviendo con mamá y papá”.

Walter estaba sentado en la cabecera de la mesa en la que ya no quedaba ni un resto o vestigio del asado, vacío, chorizo, ensalada de papa y huevo y mixta del almuerzo ni de la torta bizcochuelo de vainilla, chocolate y dulce de leche de postre. Sólo acompañaban los vasos de tinto, cerveza y fernet, y algún pocillo de café perdido por ahí. Mariana y Andrea ya se habían ido a pasear por Capital donde pensaban concurrir al recital gratuito de la *Sinfónica de Berlín* frente al *Obelisco*. Así que en el patio sólo quedaban los miembros de *La Portezuela*, a los que les hubiera gustado ir a ver aquel espectáculo (mucho más que a las dos amigas aburridas) ya que se trataba de una ocasión especial, casi imposible de que se repitiera. Pero los músicos tenían otros asuntos más importantes que tratar.

-No creo que debamos hacer el video con Dos Espejos. Para mí hay otras canciones del disco que son más representativas del concepto artístico de la banda - opinó el *frontman*.

-Vos no querés hacer Dos Espejos porque no te gustó que la compusiéramos y grabáramos con Carlos cuando vos, Sergio y Francis estaban de vacaciones -respondió el guitarrista.

-¡Otra vez la misma historia! -Walter miró fijamente a los ojos de Daniel-. Ya lo discutimos en su momento y, si bien dejé en claro que no me gustó para nada la forma en que se manejaron vos y Charly, la canción terminó quedando bárbara y por eso fue al disco.

-Está bien y si no hacemos esa canción, ¿cuál?

-Giralunas es, a mi criterio, la que hoy por hoy más representa a la banda - Walter echó un vistazo hacia su derecha para ver la reacción Sergio y Francisco, quienes estaban sentados uno al lado del otro y asintieron prácticamente al mismo tiempo, aprobando la moción del líder de la banda.

-Claro, entiendo -Daniel meneó la cabeza, disconforme-. Terminamos en el mismo lugar porque esa canción la compusiste toda vos.

-No, la hicimos entre todos.

-La letra y la melodía es toda tuya, Walter.

-Sí, pero la música la compusimos entre los cuatro, ¿o no?

Al ver que la discusión subía de tono, Carlos, quien había permanecido sentado a la izquierda de Walter, entre éste y Daniel, pidió un poco de calma.

-Las dos canciones son las mejores del disco, en todo sentido. Pero Dos Espejos es el *hit* del momento, lo que más le gusta a la gente y la que terminan pidiendo en todos los shows -sostuvo el *manager*.

-Está bien Charly. Si vos decís que esa canción es nuestra mejor opción, hagamos el video con esa -Walter soltó la lapicera de su mano y apartó la hoja en la que había estado haciendo anotaciones sobre los vaivenes de la reunión.

La birome rodó por la mesa y el líder de la banda se dejó caer contra el respaldo de la silla. Apenas se hizo un silencio, Francisco tomó su carpeta de papel madera, extrajo una nueva hoja de su interior y la colocó sobre un sector reducido del tablón que había limpiado.

-Hablé con mi primo que trabaja en la productora y me dijo que no va a haber problemas en que él nos consiga los equipos y los técnicos a precio casi regalado, y también se va a hacer cargo de la dirección de la filmación, gratis, obviamente.

-¡Buenísimo, Francis! -exclamó Sergio.

-El punto es que para que no nos apartemos del precio final hay que filmar todo en un día y en la menor cantidad de horas posible.

-Así que tenemos que tener listo el guion, con el *story board*, el vestuario y todos los artefactos que vayan formar parte de la escenografía.

-Claro -intervino Walter reanimado-. Pero primero definamos la historia que vamos a contar en el video a partir de la canción y, en base a ello, después elegimos el lugar. Una vez que ya tengamos definidos esos dos pilares, el resto sale solo y rápido.

Los ahorros de la banda en aquel entonces eran escasos ya que aún debían afrontar los costos de la grabación del disco. Es que, si bien el álbum se había pagado a través de un fondo común, cada uno de los músicos había contraído deudas para realizar su respectivo aporte al mismo. Así que, desde entonces, cada vez que entraba algo de dinero al grupo, el mismo salía rápidamente hacia los bolsillos individuales. Además, la mayoría de los últimos recitales habían sido en festivales compartidos con otras bandas y con la idea de captar más gente que plata.

La reunión de *La Portezuela* fue larga y agitada. Cuando por fin terminó, Walter se quedó sentado en el living comedor de la casa de los padres de Sergio, frente al televisor encendido pero sin mirarlo y con el vaso de fernet medio vacío. Su amigo seguía ordenando ya que sus padres se habían ido visitar a una tía que vivía en la zona norte. Cuando el dueño de casa vio a Walter tan pensativo y callado, dejó sus quehaceres domésticos y se sentó en el sillón individual, en diagonal al de dos plazas en el que su amigo estaba desplomado.

-¿Qué te pasa? -arrancó Sergio.

-Nada, ¿por?

-Dale, algo te pasa. Más temprano estuviste lo más bien, no cagamos de risa y después, en la reunión, te enojaste. No se te podía decir nada y ahora estás bajón.

-Está todo bien.

-Walter, no jodas, nos conocemos hace mucho.

-¿Qué querés que te diga?

-¿Tenés quilombos en el laburo?

-No, no eso. Al contrario. Mañana ya arranco como encargado del grupo de vendedores, así que después de tantos años de sacrificio van a reconocermé aunque sea una parte de lo que hago en la cristalería.

-Eso está bárbaro. Ahí tenés un buen motivo para estar contento. Después de todo, siempre te quejabas de que te tenían abandonado en el trabajo.

-Sí, ya sé. Es un progreso, pero vos sabés muy bien que mi idea es otra.

-Walter, todos nosotros queremos dejar de trabajar y vivir de la música. Pero todavía no se nos dio. Hay que tener paciencia y seguir dándole para adelante.

-Tenés razón.

-No importa si tengo razón o no. ¿Me vas a contar qué te pasa?

-Está bien -Walter inclinó su torso hacia delante, despegándolo del respaldo y apoyó su vaso en la mesita ratona de vidrio-. ¿No te sentís solo, a veces?

Sergio, en cambio, se echó hacia atrás, buscando relajarse para pensar mejor la respuesta a una pregunta que lo tomaba desprevenido.

-Y sí. Pero uno se acostumbra. Yo soy hijo único, y vos también, así que desde muy chicos aprendimos a manejarnos solos.

-Pero no me refiero a eso. Te estoy hablando de otro tipo de soledad.

-Mirá, a veces, a uno le gustaría tener una novia que lo cuide, que lo mime un poco. Pero no me hago mucho problema porque somos jóvenes y todavía nos queda tiempo para lograr eso.

-Igual, no me refería al tema de una pareja estable. Ni siquiera al amor.

-¿Entonces?

-Entonces pasa que últimamente, y cada vez más seguido, me siento solo de acá-- Walter se llevó el índice derecho a la sien del mismo lado-- No a nivel físico. ¿Entendés?

-Más o menos.

-Siento que no puedo lograr conciliar mis ideas, mis pensamientos y hasta algunas acciones con la gente que me rodea: con vos, Francis, mis compañeros de laburo, mis vecinos, las minas...

-Bueno, pero a todos nos pasa eso en algún momento u otro. Quedate tranquilo. Es una etapa. Ya va a pasar.

-Puede ser, pero a mí me pone muy mal, entonces me aísló para no tener que chocar todo el tiempo con las demás personas.

-No creo que esa sea la mejor solución.

-No debería ser así pero la verdad es que cuando más solo estoy, menos solo me siento porque no estoy en desacuerdo o en conflicto con nadie. Sólo conmigo.

-Eso suena bastante contradictorio, amigo. Además, ¿qué pasa cuando no podés solucionar un conflicto con vos mismo? Eso sí que no se puede eludir. Nadie es capaz de esconderse o aislarse de uno mismo.

-Yo creo que es posible.

-Por las dudas, no lo intentes, porque te vas a volver loco -remató Sergio, quien luego se paró, palmeó a su amigo en una de sus rodillas firmemente flexionadas y se dirigió a la cocina a terminar de ordenar y lavar.

“Che, ¿habrá estado bueno el recital de la sinfónica? Después la llamo a Mariana y le pregunto. Seguro que tocaron piezas de Beethoven, Wagner, Strauss y Piazzolla”, dijo el bajista casi a los gritos, parado junto a la pileta llena de agua con detergente.

“La cagada es que habrá estado tan lleno de gente que no se pudo caminar y menos escuchar bien, tranquilo. Igual, a Maru y Andre no les habrá importado mucho. Eso te lo aseguro. Ni idea de por qué fueron”, le respondió Walter, quien seguía hundido en el sillón, tragando saliva con más gusto a bronca que a fernet con coca.

El joven patagónico continuaba también machando la idea de que nadie lo entendía y eso lo llenó de una inmensa frustración, resultante de su inútil pero perseverante intención de que las demás personas, aunque sea en el algún punto, pensarán, hablarán o actuarán como él; no porque creyera que tenía razón o que era el único portador de la verdad (aunque en muchas ocasiones así era), sino porque estaba convencido de que de esa manera se podía llegar a una convivencia justa y pacífica para la gran mayoría de la gente, no para un grupo minúsculo únicamente. Pero, quizás, eso era demasiado pedir, no sólo para él sino para todos.

¿Por qué se meten conmigo? Si yo no critico a nadie, no le pido nada a nadie, no me quejo de nadie ni con nadie, no ando llorando por los rincones, maldiciendo a la mala suerte, ni nada por el estilo. La verdad, no lo entiendo. No me entra en la cabeza por qué los demás no hacen esto mismo, si es tan fácil, evaluó Walter, totalmente a merced de su picadora de carne.

Walter despertó y ya no estaba en el locutorio sino tirado sobre un sillón. Se tocó la nariz y la sangre se había secado, formando una cascarita que le llegaba hasta el labio. Al reincorporarse, se sintió mareado y no se cayó al suelo porque Sergio, quien estaba parado a escasos pasos suyo, lo atajó justo a tiempo. “Tené cuidado, ¿te sentís bien?”, le dijo el bajista mientras lo ayudaba a sentarse nuevamente en el sillón pero con la espalda erguida y la cabeza en alto.

-Pero yo no estaba acá... Esto no está pasando.

-Sí amigo, esto está pasando acá y ahora, pero quedate tranquilo que ya llamaron una ambulancia y un médico va a venir en cualquier momento.

-Si realmente sos mi amigo, decime, por favor, qué estoy haciendo acá.

-Estamos en el estudio en el que íbamos a empezar a grabar el disco, ¿no te acordás?

-Pero si acabo de salir de una sala de ensayo. ¿Dónde está Gustavo?

-¿Qué sala? ¿Quién es Gustavo? –el nivel de desorientación de Sergio se estaba aproximando al de su amigo.

Walter no supo qué responder y, callado, miró a su alrededor. Entonces vio que Francisco, Daniel y Carlos lo miraban a él, absolutamente desconcertados.

-Es que yo no debería estar acá –retomó el joven patagónico tomándose la cabeza con ambas manos.

-Vas a estar bien. Tranquilo –Sergio apoyó ligeramente la palma de su mano en el lomo de su atormentado amigo.

En ese momento, Enrique entró a la recepción con el teléfono inalámbrico en su mano derecha y el control remoto del televisor en la izquierda. “Ya llamé al servicio médico de emergencias y están en camino. Mientras esperamos creo que tienen que ver esto. Vengan a mi oficina”, les indicó a los miembros de la banda pero Walter no hizo caso y permaneció inmóvil, con los ojos bien abiertos y mascullando palabras inentendibles.

“Creo que lo más conveniente va a ser que lleven a su amigo a la habitación de servicio que está al lado de mi oficina para que él se recueste y espere solo y tranquilo la llegada de la ambulancia”, dijo el dueño del estudio a los demás músicos.

Entre todos los integrantes de *La Portezuela*, incluido el *manager*, rodearon a Walter y lo condujeron hasta el pequeño dormitorio donde había una cama de una plaza, una mesita de luz con una pequeña lámpara, un placar casi vacío, excepto por unas almohadas y frazadas, y una biblioteca de pino repleta de libros y discos de vinilo en desuso, que sólo servían de adornos por su valor histórico (algunos tenían hasta 30 años) y sus sobres de cartón originales y en perfecto estado.

-Quedate acá un rato, ¿sí? –señaló Carlos una vez que Walter, sin fuerzas para responder, se sentó con esfuerzo sobre la cama-. Y no hagas nada estúpido.

Por su parte, Enrique, desde el umbral de la puerta, hizo señas al resto de los presentes para que salieran de la habitación y apenas estos lo hicieron cerró con llave, lo que desató la inmediata reacción de Walter.

“¿¿Qué están haciendo?! ¡Déjenme salir!” grito el joven patagónico golpeando la madera enchapada de la puerta. “¡Yo no tengo por qué estar acá, no tengo que estar acá! ¡Abran la puerta!” continuó hasta que volvió a desmayarse.

“No podemos dejarlo así”, señaló Sergio pero Enrique no se inmutó, al tiempo que el resto de los miembros de la banda seguían paralizados, sin sumarse al reclamo del bajista que insistió en su reclamo, a lo que el dueño del estudio, al advertir que el dormitorio de repente había quedado en silencio, colocó la llave en la cerradura de la puerta y abrió.

Sergio fue el primero en entrar al dormitorio y al encontrarse con Walter tirado en el piso, inconsciente, les pidió a Francisco y Daniel que lo ayudaran a cargarlo y entre los tres lo recostaron inmediatamente sobre la cama.

-¡Llamemos de nuevo al 911! -exclamó el bajista al tiempo que le tomaba al pulso a su amigo-. Y si no, lo llevamos en la camioneta hasta el hospital más cercano.

-De ninguna manera -respondió Enrique, rotundo-. A ver si le pasa algo antes de llegar a la guardia. Además, la ambulancia ya debe de estar en camino.

-¿Y qué hacemos? -intervino Carlos caminando de un lado al otro con pasos cortos y ligeros.

-Tener paciencia. Mientras tanto, vengan a la oficina que les quiero mostrar algo que nos puede ayudar a todos cuando lleguen los médicos –indicó Enrique, quien con suma calma y amabilidad los invitó a que pasar a su despacho desde el que se podía oír hasta la respiración de Walter, que parecía estar profundamente dormido, lo que tranquilizó un poco a sus amigos.

Al entrar a la oficina, los músicos vieron el televisor sintonizando el canal de noticias que mostraba imágenes en vivo y en directo del túnel del paso bajo a nivel en construcción por el que acababan de pasar camino al estudio. En la pantalla, adornada con *videographs* en rojo y naranja, indicadores de supuestas catástrofes, aquel lugar se veía tranquilo, aunque el presentador de la noticia, desde la comodidad del estudio del

canal, comunicaba que el mismo había sido evacuado y cerrado al tránsito de manera preventiva.

Lo único que alteraba el orden era que en los alrededores del túnel, que no entraban en el cuadro principal de la imagen de televisión ya que la Policía había formado un amplio anillo de seguridad, se mantenía la presencia de varias ambulancias, patrulleros y auto bombas rodeados de transeúntes curiosos.

Lo músicos observaban callados cuando el periodista anunció una información exclusiva: acababan de enviar a la *página web* del canal un video filmado por un televidente que había captado imágenes con su cámara digital desde el balcón de su departamento, ubicado en la avenida donde los obreros trabajaban en el paso bajo a nivel.

En ese video casero no se percibía el destello ni el zumbido que habían presenciado los músicos desde el interior de la camioneta ya que el vecino había sido comenzado a filmar una vez que se sobresaltó por aquella luz y ruido extraños. Y cuando enfocó la cámara hacia el túnel, éste ya se encontraba completamente a oscuras. Luego se pudo ver que aquella negrura sólo duró unos instantes, tal como lo habían experimentado Francisco, Sergio y Walter, mientras tanto, fuera del paso bajo a nivel, la vida continuaba sin demasiados sobresaltos, excepto por los infaltables curiosos que no podían evitar acercarse al lugar para tratar de averiguar qué estaba pasando.

“¿Ahí estaban ustedes, Francis?”, preguntó Carlos, pero el baterista no alcanzó a responder porque se quedó observando las imágenes que rápidamente mostraban como la luz había vuelto enseguida al túnel y el tránsito se restablecía normalmente.

-¡Mirá!, ¡ahí se ve cuando sale tu camioneta Francis! ¿La ves? –Sergio señaló la pantalla del televisor.

-Sí, sí, lo veo.

-Viste que no pasó nada violento, Charly –comentó el bajista-. No hubo choques, golpes, lesiones, nada. Fue un apagón. Nada más que eso.

-Si fuera nada más que un apagón, ¿por qué hay tantos médicos, policías y bomberos en el lugar? -intervino Enrique bajando el volumen del televisor.

-Qué se yo. Por precaución.

-El noticiero está diciendo que no hay heridos ni daños -expresó el *manager*-. Así que no creo que haya sido algo tan grave ni que tenga ver con lo que le pasa a Walter.

-Esperemos al médico, a ver qué nos dice. Me costó comunicarme con el 911 porque las líneas están saturadas, pero cuando logré que atendieran me dijeron que en cuanto se liberara algunos de los servicios de emergencias que están afectados al operativo en el túnel venían para acá -explicó Enrique, quien ahora estaba sentado en su silla reclinable, detrás de su escritorio.

-¿Por qué está tan tranquilo? -preguntó Sergio.

-¿A qué te referís?

-A que pareciera que todo esto no le importa demasiado. A eso me refiero.

-Ante todo, ustedes no me conocen lo suficiente para saber si yo estoy tranquilo o preocupado. ¿De acuerdo? –Enrique miró fijamente a Sergio, quien asintió pero sin aflojar la tensión de su postura-. Y en segundo lugar, no es la primera ni la última vez que tengo que lidiar con un *rockero* que se hace el loquito.

-No es ni se hace el loco.

-Mirá pibe, no pienso seguir discutiendo con vos. Cuando llegue, el médico lo va a solucionar.

-¿Y si mientras tanto le pasa algo?

-Llevo muchos años en esto, quizás demasiados. Así que quédense tranquilos. Créanme: no va a pasar nada malo. Y si llega a pasar, me haré cargo. Parezco un hijo de puta pero es sólo una falsa apariencia. Soy padre de un muchacho de la misma edad de ustedes y no me gusta tomar riesgos innecesarios –respondió el dueño del estudio, que gastaba bastante dinero en todo tipo de seguros de responsabilidad civil, accidentes laborales, daños, etc.

El bajista observó a Enrique con desconfianza y luego anunció que iba a ir a ver a Walter para saber cómo seguía éste, a lo que el resto respondió que lo acompañaba y así todos salieron de la oficina.

Sergio entró al dormitorio y vio a su amigo que seguía inconsciente pero que, a pesar de ello, respiraba normal. “Dejemos la puerta abierta y vamos a sentarnos a esperar en la recepción, total desde ahí podemos saber si se despierta”, dijo Francisco, por lo bajo, a su compañero y ambos salieron de la habitación para reunirse con Carlos y Daniel. “Lo mejor que podemos hacer ahora es estar todos juntos”, añadió Sergio apenas cruzó la puerta del dormitorio.